

tales, como, por ejemplo, uno muy atractivo: ¿serán públicas las pruebas?
En diciembre, la respuesta.

Mirando a Roma

En diciembre, si es que para entonces monseñor Guerra Campos sigue siendo Obispo de Cuenca. Lo mismo da decir que sí o que no, porque las previsiones en materia eclesialística siempre saltan por donde menos, se espera.

Es el caso que el ilustre Pedro Rodríguez (llamado Pedro Romero por algunos simpáticos colegas) anuncia —y, como siempre, de buena tinta— que a monseñor le están preparando un hueco en la Curia Romana. Lo que el columnista de la Prensa del Movimiento no dice es si tal llamada se debería a especial predilección del Papa hacia su vica-

rio en Cuenca o un cierto deseo de apartarlo de la beligerancia activa en una diócesis. Que cada cual piense lo que quiera.

No es esta la primera vez que se habla de un traslado de monseñor Guerra Campos, que lleva dos años y medio entre nosotros. A los pocos meses de su nombramiento, se dió como seguro que pasaría a ocupar la Vicaría Castrense (que lleva consigo el título de Arzobispo de Grado), sustituyendo a monseñor López Ortiz al jubilarse. Fue un rumor más.

Como lo puede ser éste. O no, cualquiera sabe. Lo que sí conviene aclarar es que se llamado a Roma no significa necesariamente ser elevado al cardenalato, como alguno ha pensado al conocer el comentario de Pedro Rodríguez. Aunque tampoco viene mal recordar que para dentro de poco habrá consistorio, en el que se prevé la incorporación de una buena cantidad de nuevos cardenales.

Ya lo decíamos antes: los designios de Dios —y de su Pontífice son inescrutables. ●

productos. De estos intentos, algunos siguen adelante y bastantes han fracasado. ¿Cuántos cristianos han sentido como una exigencia de su fe el colaborar para que estas uniones sigan adelante? ¿Cuántos de ellos han promovido tales uniones, movidos, no sólo por la ilusión de mayor comodidad y mayores ganancias propias, sino sobre todo por la ilusión de que el campo sea aprovechado en bien de todos?

Los hombres de Cuenca saben ahorrar, y si no, que lo diga el ritmo de multiplicación de las instituciones bancarias en nuestra tierra. Pues bien, el dinero lo podemos colocar en un banco con un provecho propio reducido, pero seguro. Claro que podría emplearse también, uniéndose en una especie de cooperativa, para invertirlo conjuntamente en una obra de capacidad mayor, y que podría dar un trabajo seguro y fijo a algunos de los miles de familias que han tenido que emigrar a otras tierras en busca del pan para todos los días del año.

Y lo más curioso es cuando los cristianos argüimos ignorancia sobre la forma de llevar a término iniciativas comunitarias. Parece como si al ser cristianos tuviéramos que ser analfabetos o pensar con los pies. Como si el usar la inteligencia que Dios nos ha dado fuera un pecado. Y el instruirse en economía o política fuera un privilegio de los chupatintas de profesión.

Los frutos de la Misión

Proyecto para un plan catequético de compromiso común

Veinte sacerdotes y dieciséis religiosas han estado entregados a la labor de hacer sonar el aldabón de nuestras cerradas y autárquicas puertas, buscando hacer rebrotar las viejas ramas de nuestro catolicismo, conformista y manso, y no precisamente con mansedumbre evangélica.

Una fuerte inyección de "Verdades Eternas" es siempre algo higiénico y estimulante y merece la pena recordarlas, amplificadas por la electrónica; verdades que desnudan al hombre de toda una serie de montajes y añadidos, que lo aturden y lo hacen olvidadizo de inesquivable destino.

La presencia de esta aportación nuestra a la Misión no busca interferirse en la misma. Queremos contribuir a ese sonar de la aldaba concienzadora, a ese despertar del león dormido, al que todavía no hemos comprobado las fuerzas.

Y queremos partir con una pregunta fundamental:

¿Cuál será el fruto de la Misión? ¿Una buena confesión que nos tranquilice? Este es nuestro temor: que pasados estos días de euforia religiosa más o menos mayoritaria, el león sestee tranquilo, pensando que ya ha hecho bastante por Dios, y olvidándose que no es Dios quien necesita nuestra confesión, sino el hermano que debe sentir en su carne los frutos de nuestra conversión.

Y no decimos que *patches* no sepamos o no queramos poner los cristianos de Cuenca. Las necesidades de los demás, sobre todo si son sangrantes, nos conmueven el corazón y somos capaces de hacer una colecta en su favor. Es decir, que *peces* siempre estamos más o menos dispuestos a dar; pero quizá todavía no hemos aprendido que lo importante es enseñar a pescar o facilitar los medios para que la gente pesque.

La obligación de participar

Y vayamos con hechos concretos:
¿Sabemos los cristianos de Cuenca que, con palabras de Pío XII —un Papa nada progresista—

la política es la forma superior de la caridad? ¿Sabemos que el abstencionismo en política es un pecado de omisión? Llevamos años quejándonos

Hasta los ojos

Sería maravilloso que los cristianos, que acababan de renovar sus actitudes y compromisos en



DOS CONCEPTOS, TAPANDOSE UNO A OTRO

por lo bajo de que Cuenca es la provincia olvidada, al tiempo que una mayoría de cristianos afirma como principio básico de su conducta el no meterse en política.

Entonces, ¿el bien común entra o no entra en el precepto del amor al prójimo?

Quizá preferimos pasarlo todos mal antes que exponer un céntimo de nuestro bolsillo o simplemente molestarnos por el bien de la comunidad.

A partir de la concentración parcelaria ha habido bastantes intentos de unión en la agricultura, buscando una mayor productividad del campo o una mejor elaboración o comercialización de sus

los confesionarios de la ciudad, salieran decididos a olvidarse de sí mismos y a luchar por el bien de sus hermanos. Es decir, y con palabras que todos entendemos, a meterse en política hasta los ojos; a unir y a arriesgar su dinero para que sea más productivo para todos y allí donde la gente más lo necesita, no donde mejores dividendos produzca sin riesgos; a instruirse para hacerse más capaces, no de conseguir el enchufe, sino de ayudar más y mejor a la comunidad...

Mucho nos tememos que la Santa Misión sea más un tranquilizante de conciencias semidespiertas, que un agujijón que nos lance a una acción

JOSE LUIS PINOS